

De la poetisa Gabriela Mistral, que nace a la vida literaria en los Juegos Florales del 12 de diciembre de 1914, sabemos quizás demasiado.

Son tantas las biografías que se han escrito sobre ella, desde su nacimiento hasta el momento mismo en que se extinguió su preciosa existencia.

Pero de aquella aldeana —nacida el 7 de abril de 1889, en un valle apartado de la pequeña localidad de Vicuña— y que ella siempre consideró su verdadera patria— tal vez sea mucho lo que ignoramos.

Por esta razón, este trabajo, que no es una charla ni mucho menos pretende ser una conferencia, se ha motivado en el recuerdo de algunas vivencias de la infancia y adolescencia de esta mujer que pasó por la tierra, sembrando armonías y cosechando lágrimas.

Al nacer, sus padres la bautizaron con el nombre de Lucila de María Godoy Alcayaga. Era una criatura de rostro moreno, en cuyos ojos resplandecía ya el verdor de una esperanza.

La niñez de Lucila fue demasiado pobre y triste. Además, padecía de una timidez que la hacía tartamudear al hablar, lo que le impedía tener amigos con quienes compartir su soledad.

El crítico don Hernán Díaz Arce relata que quienes la conocieron en esta etapa de su vida, aseguran que al preguntarse su nombre, ella —dificilmente— respondía llamarse "Lucila Lucila".

Creció de lo más elemental que toda niña de su edad anhela poseer. A pesar de lo mucho que he leído sobre su infancia, nunca he encontrado nada escrito que mencione que Lucila haya tenido una muñeca.

De haberla tenido, es de imaginarse cómo la habría acarado en sus brazos, amoldándola con la misma canción de cuna que su padre —sulfador y poeta— compusiera para ella:

"Duermite, Lucila,
que el mundo está en calma,
ni el cordero brinca,
ni la oveja bala.
Duermite, Lucila, que
cuidan de vos,
en su cuna tan angul
en el cielo, Dios."

Sus entretenimientos consistían en recoger piedrecillas que brillaban al sol, en saltar de un roquero a otro, a correr por su valle, acariciada por el viento.

Su sensibilidad, quizás demasiado precoz, sabe admirar y comprender ecstasiada el concierto de belleza que encierra su Monte Grande.

El arrullo de los pájaros y el agua cantarina de un arroyuelo cercano logran enternecerla y la hacen olvidar la orfandad de su niñez.

Es entonces cuando la vena poética y sulfadora de su padre se profundiza en ella, y aunque no se le recuerda entre los suyos, Lucila lo añora y lo ama.

Creció junto a dos mujeres ya maduras para su edad: su madre, doña Petronila Alcayaga, más conocida en su pueblo por "misá Petter", y su hermana Emelina, quienes, seguramente más preocupadas de sus quehaceres, no alcanzan a reparar la inquietud que ya empezaba a tomar alas en su espíritu.

Gracias a su hermana aprende a leer y a escribir, casi con dificultad. Emelina la reprende muy a menudo por lo torpe que parece.

Su alma, que es una verdadera amalgama de misterios, anhelos e ilusiones, se desborda muy temprano. Todo lo que ve y siente ya puede grabarlo en hojas de cuaderno.

A los once años dedica a su amiga Dolores Molina una de sus cuartetas que revelaba la poetisa que había en ella.

Ya más crecida, Lucila siente un irresistible impulso por seguir escribiendo y no puede detener el manantial de poesía que brota de su alma.

En viejos y amarillentos páginas de los periódicos "Coquimbo" y "La Reforma" pueden leerse aún muchas de sus primeras colaboraciones. Demasiado tímida, oculta su verdadero nombre. Lucila en los pseudónimos de "Alguen", "Alma" y "Soledad".

En "La Voz de Elqui", otro antiguo periódico de Vicuña, quedan estampados sus poemas de lirismo ya perfectos, pero con un marcado dejo de tristeza.

Su verso parece también obscurarse no en lo lírico ni en lo heroico. Muy lejos de eso, va tiñéndose de sombras, como el mar cuando se oscurece:

"Canto para arrancarme
un jirón de sombra."

[Por qué existe tanto escepticismo en una adolescente? ¿Es la soledad que vive en ella? ¿La omisión de la sombra que el día va dejando sobre el valle que ella contempla cada tarde?

¿Acaso presiente su destino?

Por aquellos años llegaban al país los libros del escritor colombiano Vargas Vila, cuyo literato a fuerza tan notista para la juventud de esa época.

Quiso la mala suerte que algunos de esos ejemplares llegaran a manos de Lucila, siendo ella una niña demasiado inexperta aún.

Para el niño en donde esta aldeana vivía, la prosa malisana de ese egilabra llegó a ser un verdadero sustituto de agua, que Lucila bebió casi con delirio.

La creó de tal manera, que jamás presintió que ese enfermizo idealismo llegaría a formar el primer eslabón de una larga cadena de murmuraciones, prejuicios, rechazos, y mal intencionadas críticas para su incipiente vocación literaria.

Perímetro, aquellos y otros ensayos que Lucila sufría en su vida, lo hicieron reconocerse con la hermosa teología de la Biblia que inundó su infancia.

Libro Santo, que aprendió a conocer gracias a su abuela paterna, doña Isabel Villanueva.

Era esta anciana una mujer muy alta y delgada, sus ojos eran azules como el más límpido cielo, y seguía sus orígenes genealógicos de origen hebreo.

Vivió de su trabajo, el que consistía en bordar casacas y ornamentos para las catorce iglesias que habían en La Serena y cuyo salario le permitía vivir modestamente.

Para sus muchos años, era admirable su agilidad mental y corporal. Diligentemente, iba y volvía de su salita a la cocina a preparar su dieta de enferma y bajaba hasta la noria para subir —casi sin dificultad— con un cubo lleno de agua fresca.

Lucila la visitaba todos los domingos. Para estas visitas, su madre escogía el mejor de sus escasos vestidos y le adornaba las trenzas. Adorados niños, porque doña Isabel que fue siempre muy severa en el vestir, apenas la veía llegar le desprendía todo lo que ella consideraba superfluo. Además, le alargaba las faldas, por encontrar prolija que su nieta mostrara las piernas.

Enseguida, la sentaba sobre un pío y la hacía leer los salmos de Rey David.

A una nieta como Lucila le era muy difícil pronunciar con claridad las palabras bíblicas que su abuela deseaba escuchar a la perfección. No le permitía equivocarse y cuando llegaba a confundirse, doña Isabel, que parecía empujada en su bordado, levantaba la mano para que Lucila se detuviera en la palabra mal leída y la hacía repetir hasta oírsele pronunciar en forma correcta.

De este modo consiguió que su nieta llegara a sentir su mismo fervor por las sagradas escrituras y por los salmos que eran su pasión, y que esta anciana recibía de memoria con voz grave y profunda.

Parece que todo el contenido bíblico era para ella una continuidad, como el comer y el beber.

Con el devenir del tiempo y mientras vivió cerca de su abuela, Lucila aprendió a conocer y a amar con religiosa admiración cada uno de los santos nombres del Antiguo Testamento.

Todo lo hebreo lo acomodaba fácilmente en la tierra en que vivía.

Por su valle cordillerano veía caminar al patriarca Abraham o a Moisés, al caudillo de Israel.

Tanta pasión engendró en su alma la historia bíblica, que Lucila no la abandonó ya más.

Apenas salía de la escuela, corría no a jugar como sus otras compañeras, iba en busca —como ella misma lo escriba— del refugio que le proporcionaba la sombra de un viejo jarrín que crecía en el fondo de su huerto.

En este escondido, que era un verdadero enredo de hojarasca seca, Lucila, sin preocuparse de las lagartijas que corrían a su alrededor ni del pío de los polvuelos que andaban por ahí, sacaba su vieja Biblia para leer una y otra vez los salmos de su hermano y amado Rey David. La poesía apasionada e incomparable de El Cantar de los Cantares del Rey Salomón o sufrir con la tragedia vivida por las mujeres hebreas, que llegaba a rebasar su corazón de angustia.

Todo eso fue, sin duda alguna, la raíz que le inspiró más tarde la sublime armonía de su verso:

"Biblia, mi dulce Biblia,
panorama estupefacto,
en donde se quedaron mis ojos
largamente...
Tienes sobre los salmos
como lavas ardientes
y en su río de fuego, mi corazón
ancoró..."

Ya adulta, Lucila, envuelta en la incompreensión de muchos, rodeada de una franca apatía y en el olvido en que se mantuvo su nombre entre los suyos, llegó a declarar muy seriamente:

"Hubiera querido vivir entre el pueblo hebreo y ser la mujer fuerte de la Biblia".

Lucila ignoró siempre, porque su abuela tan creyente no poseía un misal como todas las devotas de su pueblo ni le enseñó jamás los rezos que otras abuelas enseñan a sus nietos.

Más de una vez llegó a creer que esa anciana pasó por su vida con una sola misión: la de enseñarle a conocer la divina y piadosa lección bíblica, en cuyos versículos encontraría siempre presente el Dios del Amor y la Bondad, pero severo a la vez.

Esta noble anciana, cuyo espíritu bíblico y religioso heredó Lucila, vivió hasta los noventa años con los ojos casi heridos de tanto bordar y leer la Biblia.

No fue como otras abuelas que acorrian a sus nietos. No ayudó a su madre en su hacer ni en los cuidados de su carne chiquitita, ni se acercó a ella para curarla del sarampión u otras enfermedades que padecían las criaturas recién nacidas.

Solamente se preocupó porque Lucila no careciera de fe. Que conociera el amor con el que Dios Padre amó a todos los seres que Él —en su infinita misericordia— creó a su imagen y semejanza.

Doña Isabel Villanueva murió sin conocer la cara ya adulta de Lucila ni ignorando los tropiezos que encontraría en el largo camino de su vida, más cubierto de cardos que de pétalos de lirio, como ella lo hubiera deseado para su única nieta.

Lucila Godoy Alcayaga, su abuela y la biblia [artículo] Lytta Weinstein de Binimelis.

Libros y documentos

AUTORÍA

Weinstein de Binimelis, Lytta

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lucila Godoy Alcayaga, su abuela y la biblia [artículo] Lytta Weinstein de Binimelis.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa